

Napoleón comprendió la inmensa trascendencia de las variaciones habidas en la política europea como consecuencia de la batalla de Sadowa, previstas por Bismarck y minuciosamente calculadas, mientras que la política francesa nada había previsto, porque se había equivocado; pero ahora los hechos no permitían perseverar en el error. Del 17 al 22 de agosto los Estados de Alemania del Sur, Baviera, Wurtemberg y Baden, habían firmado tratados de alianza ofensiva y defensiva con Prusia. Bismarck no perdía el tiempo, porque como sabía adónde iba y lo que quería, no vacilaba; y á fuer de hábil había aprovechado el agravio de dichos Estados, que solicitaron en vano el auxilio de Francia, y también les recordó que Napoleón había tenido el propósito de ensanchar las fronteras de Francia anexionándose territorios alemanes en la orilla izquierda del Rhin. Cierto que el emperador había desistido, pero no lo era menos que tuvo el deseo, y que ningún alemán podía recordarlo sin sentirse herido en su patriotismo. La famosa liga del Mein, que debía separar á la Alemania del Norte de la del Sur, quedaba suprimida gracias á las citadas alianzas; y aquellos Estados que hubieran sido aliados de Francia si Napoleón hubiese poseído las energías físicas y morales de otros tiempos y hubiese obrado en el momento oportuno, se habían convertido en auxiliares de Prusia victoriosa, y, por lo tanto, en adversarios de Francia. A la firma de dichos tratados siguió inmediatamente la del de paz con Austria, que tuvo lugar en Praga el 23 de agosto.

Otro éxito importante había alcanzado Prusia, pues el general Manteuffel obtuvo en San Petersburgo lo que Bismarck se había propuesto, esto es, restablecer su influencia en Rusia y atraerse de nuevo al príncipe de Gortchakof. Napoleón había rechazado las proposiciones de Rusia cuando la guerra, y el gabinete moscovita, abandonando su política tradicional, dejaba de apoyar á los pequeños Estados alemanes y entregaba el Occidente á Prusia á cambio de ciertas facilidades en Oriente; pero al aproximarse á Berlín no preveía que el rey de Prusia podría transformarse en emperador de Alemania, y que entonces sería posible que Berlín empujase á Austria contra ella en Oriente.

La política de Bismarck, sus éxitos, su audacia, sus procedimientos con Francia, fueron otros tantos golpes para el emperador, que comprendió que era absolutamente necesario hacer algo. M. de Lavalette, ministro interino de Ne-

gocios extranjeros, dirigió el 16 de septiembre á las potencias una circular, obra personal del emperador, en la que ensalzaba el carácter pacífico y elevado de la política francesa. Confesaba que la opinión pública de Francia se hallaba excitada y oscilaba indecisa é insegura entre la alegría por la abolición de los tratados de 1815 y el temor por el aumento del poder prusiano. El gobierno francés estaba convencido de que la Francia había salido gananciosa con los cambios realizados en los últimos meses, pues hasta entonces había estado oprimida por el poder unido de Austria, de Prusia y de la confederación germánica, que juntas representaban ochenta millones de habitantes, y que además había existido una antigua alianza entre Rusia y las potencias alemanas. Esta coalición de las tres cortes del Norte había quedado destruída, y el principio que en adelante regiría en Europa sería la libertad de las alianzas. En la nueva organización de Alemania no había nada que pudiera hacer sombra á la Francia, pues hallándose satisfecho el sentimiento nacional alemán, desaparecería la antigua hostilidad contra la nación francesa. En Italia había surgido una nueva potencia que, á pesar de injusticias pasajeras, se uniría á la nación que con su sangre la había ayudado á conquistar su independencia. Por lo demás, Francia tenía con la Argelia cerca de cuarenta millones de habitantes, Alemania solamente treinta y siete, de los cuales ocho correspondían á los Estados del Mediodía, Austria treinta y cinco millones é Italia veintiséis, y esta distribución de fuerzas no podía alarmar á Francia. Un poder irresistible empujaba á los pueblos á reunirse formando grandes Estados, y la política debía elevarse sobre las preocupaciones mezquinas de otras épocas. El emperador no creía que la fuerza de Francia se fundara en la debilidad de sus vecinos, pues para él el verdadero equilibrio consistía en que los pueblos vieran sus deseos satisfechos. Un aumento de territorio era sólo admisible cuando con él se unieran á la patria pueblos que tenían iguales costumbres é igual sentimiento nacional. Por esto había procurado el emperador el restablecimiento de las fronteras naturales apelando al libre voto de los habitantes de la Saboya y de Niza. Francia sólo deseaba aquellos engrandecimientos que no debilitaran su fuerte cohesión interior; que el país trabajara en su engrandecimiento moral y político, sirviendo los grandes intereses de la civilización; que perfeccionara sin demora su organización militar para defender su territorio, y que la nación no eludiera este deber, que no era una amenaza para nadie. En general el horizonte aparecía libre de peligros inminentes, y la paz, que descansaba sobre bases como las que se acababan de crear, prometía ser duradera. Tales eran los conceptos de la circular.

Napoleón quiso reorganizar el ejército y nombró una comisión compuesta de generales y personas peritas en administración, publicándose en el *Monitor* del 12 de diciembre el resultado de sus trabajos. La comisión propuso que todos los jóvenes fuesen llamados al servicio militar, repartiéndose anualmente cada clase entre el ejército activo y la reserva, por medio del sorteo. Después de haber servido seis años en activo ó reserva, se prestaría servicio durante tres

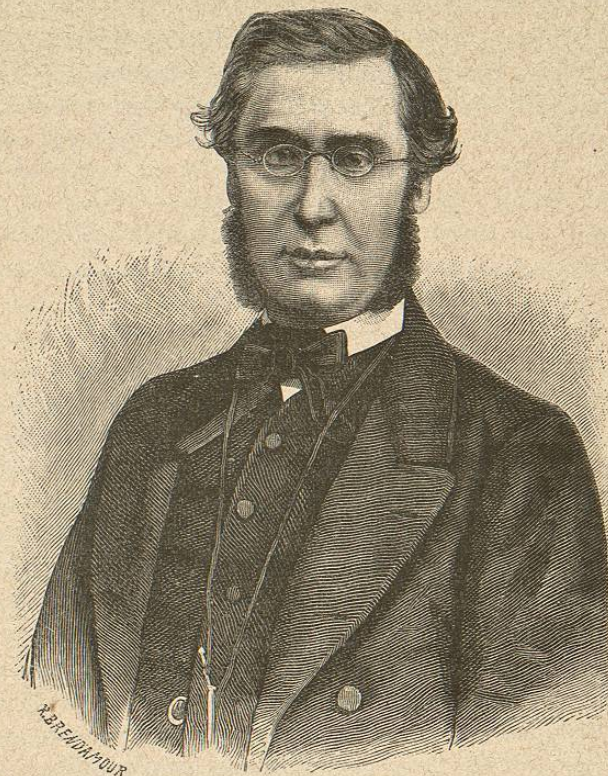
años en la guardia móvil. Con esto se lograba reunir un ejército de un millón doscientos mil hombres, divididos en tres cuerpos casi iguales. La reserva comprendería dos categorías: los que perteneciesen á la primera podrían ser llamados á las armas por una simple disposición del ministro de la Guerra, pero los de la segunda sólo entrarían en filas en virtud de un decreto imperial. Si la reserva recibía la instrucción necesaria, el gobierno francés podría disponer de ochocientos mil hombres para entrar en campaña, y además, de cuatrocientos mil para el servicio interior y defensa de plazas y costas. Tal organización se aproximaba á la del ejército prusiano, con la diferencia de que no ingresaba todo el mundo, como en Prusia, en el ejército activo, pues la mitad de las clases sólo servían en la reserva.

La opinión se alarmó porque creyó adivinar lo que el proyecto significaba, es á saber, que el Imperio había sufrido demasiadas humillaciones para que Napoleón no soñase con el desquite. La oposición comprendía que Francia no podía continuar con un ejército insuficiente, pero temía verse privada de toda fiscalización sobre los contingentes, que pasarían á ser fijos; y, además, sabía que, de realizarse lo proyectado, el emperador tendría á su disposición una enorme masa militar: por su parte el gobierno había perdido aquella autoridad moral que en otro tiempo le hizo tan fuerte; comprendió que el país había acogido mal la perspectiva del aumento extraordinario de las cargas públicas, que significaba la reorganización militar, y para atenuar el disgusto insinuó que el proyecto podría ser modificado. No había, en tanto, vacilaciones en Berlín, pues el 16 de agosto, sin esperar la paz de Praga y en virtud de una ley votada por el Parlamento prusiano, Guillermo I tomó posesión para sí y sus sucesores del gobierno del reino de Hannover, del electorado de Hesse, del ducado de Nassau y de la ciudad libre de Francfort. Una diputación de hannoverianos se presentó al rey de Prusia para suplicarle que conservase el reino de Hannover y su dinastía; pero Guillermo contestó que, á pesar de ser pariente de la casa de Hannover, se veía obligado á cumplir el penoso deber de anexionar el citado reino á sus Estados. Otra ley votada el 20 de septiembre dispuso la incorporación para siempre á la monarquía prusiana de Hannover, Hesse, Nassau y Francfort.

La Cámara de los diputados de Berlín, en la que dominaban los nacionales liberales, había en su mensaje «saludado con júbilo y gratitud la incorporación de territorios alemanes á Prusia.» El dictamen de la comisión indica cuál era la opinión del país y de sus representantes. En él recordaba que Bismarck había invocado sin restricción á favor de Prusia el derecho de conquista, y se consignaba que el Estado prusiano debía apoyarse en otro derecho que no fuese el de conquista; pero la mayoría de la comisión reconocía que tal derecho existe en tanto que existe la guerra, pues el de gentes moderno, al igual que la doctrina antigua, enumera la conquista como uno de los medios de adquirir territorios. La comisión añadía que la idea de hacer sancionar el citado derecho «por el

sufragio universal, no había sido aceptado por la comisión, porque el tal sufragio se funda más en la apariencia que en la realidad.»

Durante el invierno de 1866 á 1867 la diplomacia francesa y austriaca procuraron atraerse á Rusia con motivo de la insurrección de Creta contra los turcos, insurrección sostenida por el apoyo indirecto de Grecia. Los gabinetes de



Emilio Ollivier

Viena y de las Tullerías deseaban ponerse de acuerdo con el de San Petersburgo para modificar el estado de cosas establecido en 1856 por la paz de París; pero Gortchakoff no se dejó convencer.

El 11 de diciembre de 1866, la bandera francesa fué reemplazada en el castillo de San Angelo por la pontificia. Según dijo el general Montebello al despedirse del Padre Santo, el gobierno del emperador Napoleón, con una idea de respeto y adhesión filial, sustituía á la ocupación militar, que había durado diez y siete años, una protección moral tan importante y no menos eficaz, afirmación que no tranquilizó á los católicos.

Napoleón se propuso hallar en la política interior la fuerza que había perdido en la exterior por sus fracasos en Méjico y en la cuestión prusiana, y pensó

en lo que él llamaba el coronamiento del edificio. La oposición había aumentado en número, pero no era tan irreductible como antes, pues los diputados por los departamentos que á ella pertenecían, se mostraban contrarios á la revolución y algunos de los de París asistieron á la sesión de apertura, cosa que antes evitaban para no encontrarse con el emperador. Ollivier, uno de los cinco, había declarado que la oposición se mostraría leal y enemiga de triquiñuelas. La formación del tercer partido hizo visibles progresos, protegida por el presidente duque de Morny, que deseaba se atrajera á parte de la izquierda y tomó particularmente bajo su protección á Ollivier y Darimón. A fines de marzo de 1864 logró la elección de Ollivier como ponente de una comisión, á pesar de que Rouher había inducido al emperador á pronunciarse contra este nombramiento. Desde aquel momento se vió Ollivier atacado por la prensa de oposición, acusado de renegar de su pasado, y la izquierda cesó de invitar á él y á Darimón á sus conferencias preparatorias. Como era natural, esto le empujó más hacia la derecha y se puso más en contacto con Morny.

Algunas señales indicaron que el emperador se inclinaba á las concesiones; pero los partidarios de ellas sufrieron una gran pérdida al morir en marzo de 1865 el duque de Morny, que en las semanas anteriores había trabajado para preparar la entrada de Ollivier en el ministerio, quien en un discurso fijó su posición política en términos que le aproximaron al tercer partido. Rouher estaba entonces dispuesto á admitirle, á restablecer la libertad de la prensa, á conceder á la Cámara el derecho de interpelación, á abolir la discusión de contestación al discurso del trono y á aceptar la compatibilidad del cargo de diputado con el de ministro, disposiciones todas que significaban la vuelta al sistema parlamentario, aunque manteniendo la responsabilidad imperial.

Schnéider comparó al país con un enfermo que deseaba cambiar de posición, y Merimee observó con satisfacción que los partidos extremos eran más tratables. Por aquel entonces publicó el emperador la primera parte de su *Historia de Julio César*, recibida por el público más como un manifiesto político en el sentido del poder personal y por lo tanto contrario á lo que se esperaba, que como un trabajo histórico.

Napoleón aún vacilaba, vacilaciones que aumentaban el descontento, pues cuando no se sigue una política fija, el que espera se impacienta. El discurso del trono pronunciado en la legislatura de 1866, no les alentó, y en estas circunstancias, el tercer partido creyó necesario fijar su posición claramente por medio de una enmienda á la contestación al discurso del trono, en la cual decía que Francia, unida por lazos robustos á la dinastía que le garantizaba el orden, creía indispensable que se ampliasen las reformas de 1860. El número de firmas llegó pronto á cuarenta y dos, y á sesenta y uno los votos.

Rouher no mostró la menor intención de apoyar al tercer partido, y á fin de desvanecer toda duda sobre lo inadmisibile de estas pretensiones, hizo que el Senado votase el senadoconsulto del 18 de julio de 1866, que declaró de nuevo

en términos precisos que á aquel alto cuerpo exclusivamente correspondía el derecho de discutir modificaciones constitucionales.

Los rumores sobre la salud del emperador aumentaban la intranquilidad. Darimón escribía en su diario á principios de octubre de 1866: «El imperio pierde fuerzas, lo cual no quiere decir que se derrumbe; sin embargo, pasa por una crisis que según las circunstancias puede resultar saludable ó perniciosa. El emperador se ha apartado de los principios que le guiaban al comenzar su reinado, y todavía no ha encontrado un nuevo camino. Procede como fascinado, y aun á los hombres de inteligencia más clara cuesta trabajo seguirle en sus vacilaciones caprichosas.» A medida que mejoró la salud de Napoleón fué recobrando su energía y serenidad, y volvió á pensar en hacer concesiones, tal vez influido por las reformas militares proyectadas, cuya realización exigía grandes sumas que habían de emplearse en el nuevo armamento del ejército. Un decreto del 30 de agosto de 1866 ordenó la adopción del fusil inventado por Chassepot, que éste había presentado al gobierno ya en 1858, pero para el cual sólo á fines de 1865 se consiguió construir un cartucho á propósito. Todo estaba preparado para la fabricación de la nueva arma, de la cual debían entregarse diariamente mil fusiles al precio de setenta francos. Estos gastos se conciliaban muy mal con el sistema de economías que representaba Fould, el ministro de Hacienda; de suerte que se acercaba el momento en que el emperador debería separar de su lado á este ministro, y al separarle se vería obligado á dar al país una satisfacción con algunas concesiones liberales. Por otra parte, la proyectada ley del servicio militar que suprimía la sustitución de los quintos, era impopular en el campo como en las ciudades, y el solo rumor de que en adelante no habría «números favorables» indignó tanto á la población rural, con cuyo apoyo hasta entonces se había podido contar, que los diputados elegidos como candidatos oficiales temieron no ser reelegidos si la ley era aprobada. No fué, pues, extraño que en la mayoría hubiera cada vez más individuos que vacilaran y que se preguntaran si no les era más conveniente afiliarse al tercer partido.

La actitud de Walewski favoreció esta disposición de los ánimos, pues aconsejó al emperador que concediese nuevas reformas. Durante la estancia en Compiègne, en otoño, obtuvo el asentimiento de Napoleón para el proyecto que autorizaba á los ministros á tomar parte en los debates parlamentarios; reemplazaba la contestación al discurso de la corona con el derecho de interpelación, y hacía algunas concesiones en la legislación sobre la prensa. Con motivo de esta ley, entró en negociaciones con Ollivier, con el asentimiento de Napoleón; pero Ollivier pidió concesiones mayores, en particular que la prensa no estuviese bajo la acción discrecional del gobierno, la compatibilidad del cargo de diputado con el de ministro y la renuncia á la ley del servicio militar. Con estas condiciones estaba pronto Ollivier á ocupar el puesto de Rouher en el gobierno, ó á ser su colega si éste las aceptaba. Era imposible de momento una